

beneficiada por el régimen con el mantenimiento de áreas exclusivas de poder. El estudio de los aspectos más importantes de esta nueva clase, sus vinculaciones con la aristocracia, sus afinidades con la Iglesia y su inserción en sociedades anónimas y organismos del Estado, así como sus alianzas con las empresas extranjeras, es una importante aportación para comprender cabalmente el período en su totalidad. En definitiva, Rama distingue entre los distintos niveles de «jerarquías» existentes: los promovidos al primer plano de la responsabilidad administrativa, educativa, etc., y «aquellos que tenían la hegemonía del poder —que comportaba todo lo anterior— eran al mismo tiempo los que disfrutaban de la plusvalía, a través de la apropiación y disfrute de los medios de producción económica en España. Los integrantes de ese grupo social —por definición escasa— eran los que auténticamente podían atribuirse el poder, ya sea en forma directa o a través de sectores sociales inferiores, asociados como titulares a los instrumentos de poder».

En la parte consagrada al anarquismo español, el capítulo inicial contiene un excelente «estado de la cuestión» que nos informa de la situación actual de los estudios y la bibliografía sobre el tema. Asimismo, nos advierte el autor: «A nuestro juicio ciertos grandes hechos de la sociología editorial, derivados de acontecimientos políticos más que de razones estrictamente académicas, permiten fechar o establecer etapas, en el desarrollo de nuestra temática en el último cuarto de siglo». El balance, siguiendo los aspectos más importantes de la dinámica marcada por estas etapas, es lo suficientemente extenso y representativo. Complementando lo anterior, nos ofrece un panorama de las memorias escritas por anarquistas españoles, cuyo valor testimonial es indudable pero que plantea, como todo su género, dificultades al historiador, aunque concurren a enriquecer el conocimiento histórico siempre que se opere con una metodología correcta sobre el material que nos ofrecen.

El capítulo dedicado a Rafael Barret cumple en rescatar una excepcional figura del anarquismo español, que si bien desarrolló su actividad militante y como escritor en América Latina, ha caído hasta hace poco en injusto olvido. Barret —señala Ra-

ma— no olvidó, sin embargo, los problemas españoles: «No menos categórico que Larra, más coherente que Unamuno, Rafael Barret es im- placable con la "España negra" de su tiempo».

El anarquista italiano Camillo Bernieri, que dejara su vida junto al pueblo español en el período de la guerra civil, ha motivado un tratamiento más extenso. La formación cultural e ideológica de Bernieri, su trayectoria como profesor en Italia y su alejamiento de la cátedra para comprometerse en la lucha antifascista durante el régimen de Mussolini, su posterior expatriación, es desarrollada por el autor paralelamente con un análisis de las obras principales de este militante. Se destaca, por cierto, la reseña de las ideas del anarquista italiano sobre la guerra civil española, su interpretación del carácter internacional asumido por la contienda como una guerra de clases. Los contornos de la personalidad de este intelectual militante, su condición de intérprete de la situación española, de abanderado de la libertad, hasta su muerte acaecida en Barcelona durante los sucesos de mayo de 1937, tienen gran importancia para un mejor conocimiento de la historia del anarquismo en España.

En definitiva, una obra densa, plena de sugerencias y también de aspectos polémicos por la indole misma de los temas en ella desarrollados, y por la agudeza con que el autor penetra con su reflexión en los resquicios que ofrece la trama de los hechos históricos, apoyado siempre en una extensa bibliografía y abundante documentación. ■ **NELSON MARTINEZ DIAZ.**

EL PROTAGONISMO HISTORICO DEL CAMPESINADO CHINO

Entre los grandes cambios que se están produciendo en China, y en particular las «Cuatro Modernizacio-

nes», hay poco sitio para el campesinado, al concederse una importancia desmesurada al desarrollismo, a la industrialización y a la tecnología. Sin embargo, el campesino chino ha gozado de un protagonismo particular en la historia del país, tanto en otros tiempos como durante la revolución maoísta. Aunque, digámoslo ya, desde una posición secundaria.

Porque, demasiado aferrados al papel protagonista del proletariado en los movimientos revolucionarios, pensadores y dirigentes marxistas occidentales y occidentalizados han infravalorado, tradicionalmente, el del campesinado. Sólo con posterioridad a la victoria de la revolución china comenzó a reconocerse y a estudiarse como importante fuerza política, por mérito de Hobsbawm, Shanin, Galeski, Alavi, Fanon, etc. Hoy se le reconoce, aunque con frecuencia a trancas y barrancas, su cualidad de forma de organización humana —y no sólo como clase social o sector sociológico, o como cualquier otra clasificación reductivista—, su **cualidad de verdadera civilización**, en concreto, como defensor de la civilización neolítica (presente en el mundo de hoy como elemento dominante en muchas sociedades), como civilización opuesta a la ciudad, como «mecanismo» conservador del medio ambiente, como impulsor de cambios sociales o de avances tecnológicos.

Esto último es lo que nos interesa, y éste es el caso del campesinado de Africa Negra o, por razones algo diferentes, del de China. De este último, y en particular de sus movimientos político-sociales, trata la obra de Jean Chesneaux, el gran sinólogo marxista francés (1).

Centrada en los movimientos del siglo que corre entre las Guerras del Opio y la instauración de un régimen socialista en China, se describen en ella las revueltas de los siglos XIX y XX que provocó la miseria, la explotación, el centralismo imperial y la destrucción de los valores campesinos. Herederos de la tradición rebelde rural, de gran importancia en China —recordemos que los levantamientos campesinos contribuyeron eficazmente a acabar con el poder dinástico de los Han y de los Tang, de los Song y de los Ming—, destacan en el siglo XIX los levantamientos de los Taipíng y de los Nian y, a fines de siglo, de los Boxers, éste sólo parcialmente campesino. Están dirigidos contra el peculiar

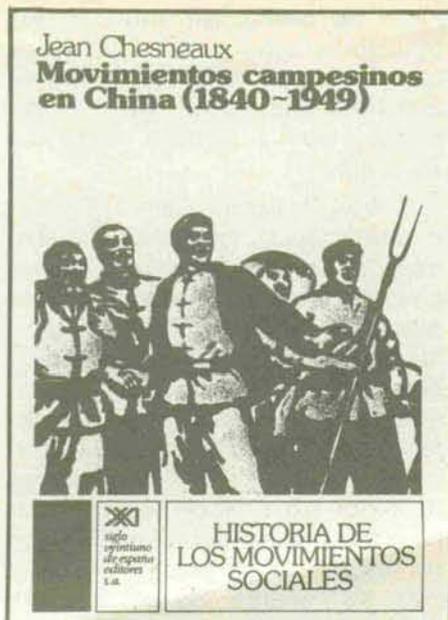
(1) J. Chesneaux: **Movimientos campesinos en China (1840-1949)**. (Siglo XXI, Madrid, 1979).

feudalismo centralizado y burocrático chino, al que se combate desde posiciones igualitaristas, milenaristas y pacifistas. Contribuyen así, junto a la penetración extranjera y a la actividad de los revolucionarios modernos, a la caída de la dinastía manchú, facilitando el advenimiento de la república nacionalista y burguesa de Sun Yatsen en 1911-12.

Entre 1912 y 1937 el deterioro de las condiciones del campesinado provoca nuevas rebeliones, en las que se dan dos componentes «nuevos»: la profundización de las contradicciones entre los campesinos y los señores rurales, y el aumento de la inurbación, con sus corolarios de desarraigo, marginación y ulterior empobrecimiento. En los años 20 y 30 los movimientos campesinos comienzan a operar con los comunistas, para acabar uniéndoseles en alianza, especialmente después del fracaso del intento revolucionario «urbano» de 1924-27. Hasta esta fecha, los comunistas, como explica Chesneaux, han considerado al campesinado como algo netamente secundario, pese a que mantenía aún gran parte de su autonomía política y, en cierto modo, operacional. Desde 1927, la fuerza del campesinado, como tal, disminuye, al tiempo que, paradójicamente, el movimiento revolucionario pasa al medio rural. Asimismo, la inspiración ideológica y la organización seguirán viniendo del exterior, de «los de la ciudad».

La Larga Marcha, la guerra contra Japón, y luego contra Chiang Kaishek permiten la unión definitiva de ambas fuerzas en una sola, base de la victoria de 1949. En los años 30 Mao y Zhu De hablan todavía de «prioridad agraria». Pero la derrota de 1934 representa un giro —considerado beneficioso por unos, negativo para otros—: la creación de los soviets de Jiangxi, fundamental hecho en la historia del comunismo chino y del movimiento campesino, del que saldrá la unión definitiva... y la «marginación» del mundo rural. Es necesario romper con el movimiento campesino tradicional, sustituir sus móviles por el patriotismo y el antiparticularismo, por un igualitarismo no horizontal, sino jerárquico, y por una ideologización marxista-leninista (y maoísta, claro está) profunda.

Sin embargo, como dice el autor, y es uno de los puntos más interesantes, no es cierto, como se ha afirmado, que Mao rompa con el esquema revolucionario comunista. No es cierto que se base en el campo, en



detrimento del proletariado. En realidad, el campesinado chino fue fundamental en la revolución, pero siempre bajo incitaciones exteriores. A diferencia de los rusos, los chinos descubren la enorme fuerza revolucionaria del campesinado, al que consideran y hacen parte integrante del movimiento revolucionario, y no un mero aliado del proletariado. Pero le niegan autonomía, al estimarlo insuficiente. Mao nunca pone en cuestión la subordinación final del campesinado al proletariado. El industrialismo vence, pero Mao insiste en que la agricultura es la base de la economía, y en que no es conveniente un desarrollo industrial a la soviética a costa del campesinado. Para afianzar esto, entre otras cosas, estalla la Revolución Cultural. Para acabar con esto, entre otras cosas, Deng Xiaoping pretende hoy afianzar las Cuatro Modernizaciones. ■

C. A. CARANCI

«POESIA POLITICA Y COMBATIVA ARGENTINA»

En la Argentina, los grupos privilegiados se creen cosmopolitas. Intentan imponer al pueblo esta cultura, pero fracasan. Bastardos, ni americanos ni europeos, pero antihispanistas, arrastran su desconcierto y nostalgia construyendo mansiones francesas en estancias inglesas con escaleras de mármol a la italiana.

Los terratenientes, dependientes en su poderío del campo, hacen de la república un país antiindustrial, anquilosado e inmovilista, sólo sensi-

ble al mejoramiento de la ganadería. Este pensamiento es el que impregna todo lo que controlan: medios de comunicación, Universidad, escuelas, artistas. Para los intelectuales de esta clase, lo importante es visitar Francia, vestir a la inglesa y apoyar la política antinacional de la oligarquía, que es la que los ensalza. Son mansos rumiantes que evaden la realidad creando grupos de escape espiritualista; son los más comprometidos con el sistema y los menos nacionales. Simples papagayos de otras voces, propagan la ideología de los poderosos. Al ignorar las causas de la opresión de la cultura popular, el intelectual culpa del atraso al pueblo atávico y vago. Es suficiente a este respecto con mencionar a Borges. En cambio todo artista, filósofo o profesor de lo nacional, será negado, amputado y condenado al silencio. Lo cercará la censura más siniestra, sin prensa, sin radio, ni premios, ni ediciones, vivirá, en el mejor de los casos, como muerto separado de la comunidad.

La Universidad del sistema pretende erguirse agitando la bandera de la autonomía e independencia del saber de toda política. Política para estos grupos, es solamente la de la oposición. La Universidad en los países oprimidos es el instrumento del coloniaje ilustrado. Sólo en los períodos de crisis, la masa estudiantil y el profesorado joven, pueden asumir una actitud crítica y plantear entre otros problemas el de una reforma de la enseñanza como objetivo fundamental para una revolución anticolonialista; pero cuando el «orden» se restituye, estos grupos son reprimidos como criminales.

Actualmente la represión estudiantil es tan terrible que la Universidad argentina está desmantelada, no sólo en sus cuadros estudiantiles sino docentes. La Universidad de Buenos Aires, que impuso el examen de ingreso como control del número de matriculados, ahora se encuentra con mayoría de cupos libres.

Por todo ello, esta antología (1) es importante y oportuna, ya que muestra otra cara de la manifestación cultural del país. Estos son poetas comprometidos con los intereses del pueblo, en algunos casos han sido perseguidos, otros han muerto. La realidad más palpable de Hispanoamérica es la violencia de todo orden, que ejerce sobre ella el imperialismo norteamericano. El acoplamiento entre imperialismo y ejército «nacional» de la Argentina es tal, que la represión ha sobrepasado todo límite concebible.

(1) Astrada, Etelvina: «Poesía política y combativa argentina». Edit. Zero, S. A. Madrid, 1979, 285 págs.